

## CAPITULO V.

### LAS INTELIGENCIAS.

En lo que precede, no he podido encontrarme en oposicion, mas que con los que, en lugar de admitir que el hombre ha sido creado para ocupar su lugar en el Universo, creen por el contrario, que el Universo ha sido creado únicamente para el hombre, la tierra para servirle de palacio, y todos los demás globos celestes para formar á este palacio un espléndido sistema de iluminacion.

En el nuevo orden de ideas que voy á examinar, encontraré oposiciones mas variadas, y tratándolo, cuento con la benevolencia que se debe á todo pensamiento honrado, concedido y lealmente enunciado. Voy á tratar de

dar cuenta, de una manera sucinta y rápida, de algunas reflexiones sobre el principio impalpable, que constituye esencialmente el sér animado y que se designa bajo los diferentes nombres de alma, de espíritu, de inteligencia y de instinto. Recordaré en dos palabras, que se reservan las dos primeras calificaciones para el hombre solamente; que apenas se otorga la tercera á algunos animales, y que generalmente á estos no se concede mas que el instinto, es decir, cierto poder de accion muy limitado, inherente á las necesidades físicas, privadas de toda perfectibilidad.

Desde que la materia está organizada, es suceptible de movimientos interiores y de desarrollo, y á esto es á lo que se limita la vitalidad de las plantas; pero tan pronto como esta materia organizada, debe ser capaz de producir movimientos exteriores, es decir, de traslacion y llega á ser suceptible de sentir ciertas influencias de parte de los objetos exteriores, facultad que espresamos con el nombre de sensibilidad, es preciso que esté animada de una esencia particular, que es diferente de la materia misma, y está unida á

ésta por una indispensable reciprocidad de servicios mútuos. En efecto, así como esta esencia inmaterial sirve á la materia organizada á que está ligada, para producir acciones voluntarias y percibir sensaciones, no es capaz de ejercer esta voluntad de accion y de sentir las impresiones de las causas exteriores, sino por medio de la materia organizada que anima. Esta union absoluta de la materia organizada á un principio inmaterial, es la que constituye la vitalidad animal.

Para el naturalista que quiere limitarse á la observacion de los hechos fisiológicos, este principio no es mas que una facultad inherente á cierto desarrollo del organismo, para la mayor parte de los hombres, es así en todos los animales diferentes de la raza humana, y no admiten este principio como distinto de la materia, y como esencia mas que en la humanidad. Para estos últimos, es *alma* en el hombre, é *instinto* en la béstia. En los animales de una organizacion simple, no se manifiesta efectivamente, mas que las facultades instintivas, que tienen por objeto hacerles buscar todo lo que es útil, y evitar todo lo que es perjudicial. Desde que comienza el organis-

mo animal, el instinto resulta en proporcion del desarrollo de este organismo. Así es, como el pólipo, privado de vista y de traslacion, sabe, sin embargo, tomar la presa que debe alimentarlo; el insecto sabe escojer los lugares en donde debe depositar sus huevos, á fin de asegurar la existencia de las larvas que deben salir mas tarde, y que sabrán desarrollarse como lo hicieron sus padres antes que ellos; los pajarillos saben romper el cascaron del huevo en que se encierran, y mas tarde, llegando á adultos, construir nidos siempre semejantes á los de su especie; las tortugas marinas abandonan las arenas en donde han nacido, para dirijirse, por el camino mas corto, hácia el elemento donde deben vivir; el feto del hombre, agitarse en el seno de su madre para tomar la posicion mas cómoda; el mamífero, tomar desde el principio la ubre que debe alimentarlo; y así es, por último, como en sus grandes emigraciones, los animales saben dirijirse con certidumbre hácia el objeto de sus lejanos viajes.

A medida que se perfecciona el organismo, las facultades puramente instintivas dan lugar á manifestaciones de un órden mas eleva-

do; á cualidades que no pertenecen solamente á todos los séres de una misma especie, como una ley que les es común é indispensable, sino que son especiales á cada individuo de esta especie, y entonces estos individuos están dotados de inteligencia.

Por la inteligencia es por la que los séres organizados son capaces de concebir ideas, de combinarlas entre sí, de hacer comparaciones, de manifestar voluntad y de determinarse á series de acciones que concurren á un objeto determinado.

No entraré en la larga enumeracion de los hechos observados sobre los animales y que se reconoce, no pueden ser el resultado de facultades puramente instintivas, sino como necesariamente producidos por una combinacion de ideas particulares, absolutamente diferentes del instinto. Seria preciso para esto, escribir la historia de todos los mamíferos y aves, y de innumerables reptiles, pescados y de insectos; y mas particularmente la del elefante, del caballo, del perro, de los monos, de los castores, de las abejas y de las hormigas, y seria repetir lo que se ha observado y descrito tantas veces. No insistiré mas que un

momento sobre la necesidad que hay de reconocer la insuficiencia del instinto, para explicar un gran número de sus acciones, y justificar que no pueden ser producidos mas que por una inteligencia mas ó menos desarrollada, y absolutamente semejante en sus límites, comparativamente reducidos á la que posee el hombre. Digamos, pues, rápidamente algunas palabras.

Siendo el instinto la facultad de hacer lo que es útil á una especie ó á un individuo, pero segun una ley constante y siempre de la misma manera, no puede evidentemente considerarse como el motor de esos cambios de trabajos observados frecuentemente en las colmenas, en las que las abejas saben evitar por medio de combinaciones particulares, accidentes imprevistos, nuevos y enteramente escepcionales. ¿Es el instinto el que podria bastar á las hormigas, en las batallas ordenadas que dan, para formar sus líneas de batalla, sus alas destinadas á flanquear las posiciones enemigas, sus cuerpos de reserva, y sus ambulancias para los heridos? En el terreno en que combaten, todo es nuevo para ellas, y nada puede hacerse, como si se hubie-

se hecho anteriormente; es preciso moodificar y combinarlo todo.—¿Y no todo está tambien por combinarse y modificarse, segun las localidades, en esos grandes trabajos de diques, que ejecutan los castores, (10) y á los que las circunstancias actuales imponen necesariamente cada vez nuevas condiciones?

Si de los animales que viven en sociedad ocupados en trabajos comunes, pasamos á los que no se reunen con este objeto, encontramos una multitud de hechos que no son posibles sino por la aplicacion de un razonamiento contínuo, lo que es esencialmente contrario al instinto. No puedo resistir al deseo de citar algunos rasgos de este género, á pesar de la inutilidad de estas citas para todos los que están acostumbrados á observar á los animales de las clases superiores. No los tomaré entre individuos que han sido desarrollados por la educacion, tales como los caballos y elefantes de nuestros circos, los perros del Monte de San Bernardo y los de Terranova, ó los perros, las cabras y los monos de nuestros bateleros, educacion que, dígase lo que se dijere, es una prueba de perfectibilidad individual. Los escojeré de preferen-

cia en actos espontáneos, sobre los que la accion del hombre no tiene influencia alguna. Citemos pues, mas bien para interesarnos un momento, que para demostrar lo que es conocido de todos.

No recordaré mas que como memoria, el perro de Montargis, el leon de Androcles, y otros muchos animales que se han señalado por actos de adhesion razonada y de notable inteligencia.

En 1821, en Paris, un jóven dependiente de una casa de comercio, monta un caballo que se le confia, para ir á cobrar una cantidad de dinero; desempeña su comision, pero antes de llegar á su casa, quiere dar agua á su caballo en el abrevadero del Puente Nuevo y desde allí cae al agua y se ahoga. El caballo vuelve entonces á la casa en la que el jóven habia recibido el dinero, y llama la atencion por sus relinchos y brincos; se asombran, se alarman y un criado monta el propio caballo dejándolo en toda libertad; inmediatamente el valeroso animal toma al galope el camino del Sena, se arroja á nado y se detiene en el lugar en que el jóven habia desapare-

cido y en donde se encuentra su cadáver y el saco del dinero que conducia.

Los perros de un cazador acostumbrados á no salir sino en ciertos dias, tomados periódicamente en la semana, saben prontamente distinguir estos dias; es preciso pues que *cuenten* los que forman los intervalos, aun cuando estos son desiguales entre sí, como sucede por ejemplo, para los tres dias que corren del domingo al juéves, y los dos únicos que separan al juéves del domingo.

Un elefante del Jardin de Plantas de Paris, en 1823, veia que frecuentemente le robaba el pan que le arrojaban los curiosos, un perro del establecimiento; para castigar su mal proceder, lo espiaba, lo sorprendia repentinamente, lo tomaba con la trompa, lo llevaba á la fuente en la que lo sumergia; despues de haberle dado aquel baño forzado de algunos instantes, lo sacaba, colocándolo en el suelo con la mayor suavidad y lo dejaba huir. Sabia pues calcular el tiempo que el perro podia permanecer dentro del agua sin morir, porque evidentemente lo que queria era corregirlo y no hacerlo perecer. Agregaré que la correccion solo servia por algun tiempo, y

que por consecuencia se renovaba con bastante frecuencia, á pesar de que el perro y el elefante eran buenos amigos, y muy cariñosos, mientras el primero respetaba los bienes del segundo.

Un perro tenia su cuartito delante de la habitacion de su amo, situada aisladamente en el fondo de un inmenso jardin, que comunicaba por una calle muy frecuentada. Este valiente perro no prestaba la menor atencion á los numerosos transeuntes que pasaban por la calle; pero cuando por la noche, alguno se detenia cerca de la reja del jardin, y creia que habia algun peligro, iba á rascar la puerta de la casa, y á gruñir sin levantar la voz, hasta que se cercioraba por algunas palabras pronunciadas por su amo, que habia despertado y se hallaba al abrigo de cualquier sorpresa. Entonces solamente, abandonaba la casa, se lanzaba al jardin, se situaba tras de la reja, y comenzaba á ladrar fuertemente á los que excitaban su desconfianza. Cuando al fin se alejaban, volvía á la habitacion á prevenir á su amo, por medio de algunos gruñidos afectuosos que el peligro habia pasado, y que podia dormir en paz; despues de haber cumplido

con este último deber, el perro se dirigia á su perrera, y en toda esta maniobra demasiado espontánea, no habia habido ninguna leccion, ni la menor indicacion de parte del dueño del perro.

En las islas que forman el Ródano, enfrente del pueblo de Miribel, en el distrito de Trevoux, pastan numerosos rebaños de toros, al cuidado de unos niños. Un día, algunos de estos pastorcillos disputan y se baten, y dos de los mas débiles, vencidos por los demás, arrojan gritos de tribulacion. Un buey, acostado en la ribera de la isla inmediata, escucha aquellos gritos, se levanta, se arroja al agua, y nadando llega al teatro de la lucha, aparta á los asaltantes, ofrece su cabeza inclinada á uno de los niños vencidos, que se afianza de los cuernos, y lo traslada á la ribera de donde habia venido; vuelve por segunda vez para buscar y salvar la segunda víctima, que deposita en lugar seguro al lado de la primera.

En los pocos hechos que acabo de indicar, he contado escojer entre la numerosa lista de los actos de adhesion ejecutados por animales en favor de alguna persona amada. He

procurado no hacer citas de este género, y todos saben que podrian ser muy numerosas, porque hay inteligencias bastante torpes, para dar á esas nobles acciones el triste móvil del interés particular, y por consecuencia atribuir las al simple instinto, como si amar no fuese tambien el resultado del pensamiento, y como si estas pruebas de afecto, no se hubieran dado, al menos por los perros, en favor de hombres que no habian hecho sufrir sino malos tratamientos á sus autores.

Que cada uno de nosotros recuerde los signos de inteligencia que ha podido observar en los animales, ó que han afirmado testigos dignos de fé, y se convencerá, á pesar de cuanto pueda decirse, del *Espíritu de los animales*; reconocerá que entre ese espíritu y el de algunos hombres pertenecientes á razas desgraciadamente dotadas, no existe límite absoluto, sino solo diferencias mas ó menos profundas.

A los que digan que entre los animales y el hombre existe una barrera intramitable, formada por dos atributos que solo el hombre posee, la conciencia y la perfectibilidad, no responderé sino unas cuantas palabras. ¿Qué conocimiento del bien y del mal y qué per-

fectibilidad hemos podido observar hasta hoy entre los Andámenes (11) de la Papuaria (12), entre los habitantes de la isla de Juegos y de la Australia, y entre algunas poblaciones de la Melanesia, que encontramos casi en el mismo grado en los animales mejor organizados, por lo menos en los que hemos sometido á una esmerada educacion? Ninguna casi, como puede probarse estudiando con cuidado las costumbres, la inteligencia y los hábitos de existencia de esas miserables familias humanas. Una de dos cosas; ó rehusais, á estos la cualidad de hombres, lo que no podrán hacer sino los locos, ó me dejareis establecer entre ellos y los animales mas perfectos la similitud que he enunciado y que continuaré por gradaciones sucesivas de estas familias inferiores á las razas mas y mas elevadas en inteligencia y en cualidades morales. Nos contentaremos con señalar estas gradaciones numerosas en realidad, por la indicacion muy abreviada, general y sucesiva de las razas hotentote, negra, patagona, oceánica, americana, malesa y mongol, y terminaremos nombrando la fuerte y gran raza cáucasa, que es aquella cuya inteligencia alcanza el

mas alto grado de perfeccion, y en la que encontramos el alma humana dotada de todo su poder.

Seria desviarnos de nuestro objeto actual emprender un exámen completo del alma humana, bajo el punto de vista filosófico ó religioso, y solo nos ocupamos de ella en este momento, para justificar, por medio de algunas observaciones, que haremos con la posible brevedad, la necesidad de considerarla como distinta de la materia y formada de una esencia inmaterial.

¿Qué cosa hay mas inmaterial, mas independiente de toda ley física, mas rápida, mas variable y mas libre que el pensamiento? ¿Y entónces cómo podemos creer que pueda ser el producto de ciertos arreglos de la materia, para la que todo está arreglado por leyes inmutables? Si la materia por bien organizada que fuese, pudiera pensar este acto nunca debería producirse fuera de las sensaciones probadas por los órganos; porque nuestros pensamientos se hallaran cada instante en contradiccion con nuestras sensaciones orgánicas, y nuestro espíritu sabe modificar las impresiones de nuestros órganos, concentrarlos y alterar los

resultados. Si los órganos fuesen los principios del pensamiento, no podríamos tener otros gustos ni otras inclinaciones que las que se ligan á nuestras necesidades materiales. ¿Cuál es, pues, el órgano ó la série de órganos que puede hacernos concebir el amor de lo que es bello, justo y verdadero? Ese amor del bien moral, ¿no está á cada instante en oposicion con el amor del bienestar físico, cuya satisfaccion es viva y constantemente solicitada por nuestros órganos? ¿y cómo estos si fuesen los motores originarios y émicos del pensamiento, podrían producir efectos contrarios á su propio interes á su propia naturaleza?—¿No están á cada momento nuestra alma y nuestro cuerpo en lucha uno con otro, y no vemos que el alma, independiente y generosa, sacrifica frecuentemente las necesidades del cuerpo á los nobles sentimientos de los afectos elevados, de la justicia, de la libertad, de la verdad, del honor, de la gloria y del amor de todo lo que es bueno? ¿Acaso la materia organizada, conoce algo de esas grandes ideas?—El alma tiene pues concepciones enteramente independientes del organismo, y por consecuencia no puede ser

una simple propiedad de este. Si los órganos fuesen únicos autores del pensamiento ¿cómo podría esplicarse, que mientras se hallan entregados al reposo del sueño, éste pueda desarrollar de una manera tan poderosa algunas de nuestras facultades intelectuales, tales como la imaginacion y la memoria? ¿Cómo podrían producirse sobre todos los fenómenos tan notables del sonambulismo ordinario, así como los del éxtasis y otras enfermedades semejantes, en donde es evidente para todos que percepciones, sensaciones y pensamientos se ejecutan sin el auxilio de los órganos? No nos referiremos, por ejemplo mas que al sonámbulo; no lo vemos á pesar de la completa insensibilidad de sus ojos, obrar con una série de ideas perfectamente combinadas, escribir, componer, calcular, dirigirse á lugares escojidos por él, y avanzar algunas veces con paso seguro, por puntos en donde no dejaría de perecer, si no tuviese por sosten, mas que las funciones habituales de sus órganos?

Estudiando ademas lo que pasa en nosotros mismos, reconocemos que todo lo que depende del alma es constante, absoluto, in-



mutable, mientras lo que depende de los órganos es movable, cambiante y perecedero; nuestros órganos se renuevan constantemente en los elementos de su constitucion, y el conjunto se deteriora con la edad, mientras nuestra alma, libre y altiva se sobrepone á todos esos cambios materiales. Esta es la ley general que no disminuyen en nada las circunstancias escepcionales en que las facultades del hombre son mas ó menos alteradas, ó aún estinguidas en apariencia, porque el instrumento orgánico por medio del cual deben manifestarse, no se presta ya á estas funciones. En el hombre vivo, no es mas que por el trabajo de los órganos, por el que el alma puede producir la multitud de pensamientos y sentimientos que ella emana sin cesar, siempre independientes y frecuentemente contrarios al interes físico del cuerpo: los órganos son las máquinas uniformes y constantes en sus atributos que sirven de motores á todas las manifestaciones del alma; pero no son los *autores*; el vapor tambien es el *motor* de las máquinas de fuego, pero el calor es el *autor* de su potencia.

La dificultad de admitir un principio in-

material y existente por sí mismo, no puede absolutamente detenernos, cuando la naturaleza nos obliga á justificar hechos semejantes á los que nos presentan la pesantez y los fluidos imponderables. En efecto, la pesantez no es mas que una cualidad inherente á la materia, como lo prueba su invariabilidad matemática, pero obra á travez de los espacios, en donde todo está libre de la materia. ¿Cuál es, pues, el estado bajo el cual se encuentra este agente de la materia mientras que atravieza el espacio vacio que separa los dos cuerpos, que atrae uno hácia otro? ¡Nada nos permite comprenderlo!—Y este éter tan sutil, esta sustancialidad impalpable é imponderable, que llena los espacios celestes y transporta de un astro á otro el calor y la luz, ¿no es enteramente diferente de la materia? ¿qué cosa semejante hay entre la naturaleza de esta y la suya? ¿Y podremos figurarnos esta última? ¡Tampoco!

No nos espantemos, pues, de no poder figurarnos tampoco la naturaleza del alma, y apoyándonos en todo lo que precede, admitamos con atrevimiento que no es una simple cualidad de la materia organizada, sino una

esencia inmaterial, diferente de cualquiera otra sustancialidad, y no teniendo con la materia mas que los lazos recíprocos y necesarios que la unen á ella en la constitucion del hombre vivo.

Me siento perfectamente satisfecho anunciando esta proposicion, porque sé que está apoyada por las creencias universales; pero no sucede lo mismo con lo que va á seguir.

Si el alma humana es una esencia especial y distinta ¿qué cosa es la inteligencia, tan semejante á ella, que anima los animales de las clases superiores, cuyo organismo se aproxima al del hombre? Admitiendo para éste la existencia del principio inmaterial, del espíritu, ¿cómo lo hemos de rehusar, con razon á esos animales que tienen como nosotros pensamientos, sentimientos, afecciones, voluntad y la facultad de comparar y de escojer y por consecuencia de razonar? Y si descendiendo la grande escala de las inteligencias, pasamos por gradaciones casi insensibles, de los hombres mas elevados por el desarrollo de su inteligencia, á familias humanas que se hallan en este punto mezquinamente dotadas, y despues á animales casi tan intelligen-

tes como estos últimos, y despues á otros cuya inteligencia disminuye con el desarrollo orgánico, y llegamos, en fin, á los séres animados que no dan mas signos que los del puro instinto, ¿entre cuáles de esas séries nos atreveremos razonablemente á trazar límites fijos que indiquen la invencible barrera en donde la inteligencia perderia su naturaleza especial para no convertirse mas que en un simple juego de los órganos?

Me parece difícil de admitir que el principio inmaterial que constituye el alma en las diversas razas de hombres, no existe tambien semejante á él mismo, pero en grados muy diferentes segun los instrumentos orgánicos á los cuales está unido por la naturaleza, en todos los animales de la creacion, hasta en los mas ínfimos. No hay duda que nos parece casi repugnante creer que haya una particula de ese principio casi inmaterial que constituye el alma humana, en una óstra ó en un caracol; pero en suma, esa existencia que anima al caracol ó á la óstra, no es absolutamente diferente de la que anima al niño en sus primeros dias, y que mas tarde se desarrollará, sin embargo, en él, á medida que se

desarrollen sus órganos, de manera que llegue á ser el alma de un hombre, capaz de los mas elevados pensamientos, y de los sentimientos mas nobles.

En verdad que lo que parece que debe admitirse como mas simple y racional, es que el Criador concede á cada organizacion material, en todas las razas animales y proporcionalmente á su naturaleza, una parte de principio inmaterial y que forma un todo, ligado tan íntimamente que las facultades de la parte inmaterial y las de la material llegan á ser solidarias una de la otra, y se sirven mutuamente por una absoluta reciprocidad.

No reuniré aquí todas las pruebas morales de la individualidad persistente de la parte inmaterial, cuando la muerte del sér animado llega á separarla de la parte material; me contentaré con justificar que, como los hechos nos prueban sin cesar que nada se pierde ni se destruye en la naturaleza, debemos estar seguros que esa gran ley se aplica tambien al principio de las inteligencias, y que este principio es necesariamente indestructible como la materia. He querido solamente llegar á establecer dos cosas: 1ª la inteligencia

no es un simple atributo de la materia organizada, sino mas bien una esencia especial. 2ª Cada sér animado, posee una parte de esta esencia proporcionada á la perfeccion de su organismo.

Esto supuesto y recordando lo que se ha dicho antes sobre la inmensa multitud de séres animados que habitan la tierra, y tal vez el Universo entero, llegamos á esta consecuencia forzosa, que así como hay probablemente un mundo infinito de cuerpos orgánicos animados, de naturalezas diferentes, hay tambien un mundo de séres intelectuales agregados á esos cuerpos con diverso desarrollo; que hay en fin, el mundo de las inteligencias, como hay el mundo de la materia, el mundo de los espíritus, como el mundo de los cuerpos.

Y como nada sabemos de la naturaleza de las cosas celestes, ¿por qué nos atreveríamos á negar que en los otros globos no se encuentran espíritus superiores al del hombre, como éste es superior á la inteligencia de las bestias que con él habitan la tierra? ¿Por qué el hombre habia de estar en lo alto de la escala, en el Universo, por solo hallarse en la tierra

y no podría estar también en medio, ó al fin de esa escala?

¿Quién osaría negar que no sea posible que en otros mundos la existencia de las inteligencias fuese enteramente independiente y separada de toda materia? Así como la materia puede existir sin la inteligencia, esta debe poder existir sin la materia, y esto es lo que no puede dejar de ser en alguno de esos globos, entre cuya innumerable multitud, el nuestro no es mas que un átomo imperceptible! —Sea lo que fuere, y aun cuando no hubiese inteligencias mas que en la tierra, en la creación animal que la habita, no por esto su número dejaría de ser inmenso, inconmensurable.

Me detengo en este punto despues de haber tocado esos grandes objetos de Eternidad, Inmensidad, Universalidad de los globos celestes y de los del mundo organizado y del mundo de las Inteligencias. De todos estos objetos, espacio, tiempo, materia, éter é inteligencias, se halla constituido el Universo y por esta obra infinita á la cual preside, se revela á nosotros, débiles humanos, el poder infinito, el Dios Criador.

---

## LIBRO SEGUNDO.

### EL CRIADOR.

---

#### CAPITULO I.

##### ORDEN DE LA CREACION.

“¡Si Dios no existiera, ha dicho Voltaire, sería preciso inventarlo!” Veamos si esta invención es necesaria.

La admirable armonía que existe entre los astros y el órden tan perfecto que se nos manifiesta en todo lo que se verifica en la tierra, nos demuestran una evidencia tanto mas asombrosa, cuanto que la ciencia nos descubre mejor todos esos misterios.